

La conflictividad agraria en la definición del «pueblo»: labradoras y *fematers* ante la política municipal en València (1898-1903)

Agrarian unsettledness in the definition of the «people»: female farmers, *fematers* and municipal politics in Valencia (1898-1903)

Jorge Ramón Ros

Universitat de València, España / CHS (Paris 1-Panthéon Sorbonne), Francia

jorge.ramon@uv.es

<https://orcid.org/0000-0002-0933-3560>

Recibido: 30/12/2021

Aceptado: 19/04/2022

Cómo citar este artículo: RAMÓN ROS, Jorge (2022). La conflictividad agraria en la definición del «pueblo»: labradoras y *fematers* ante la política municipal de València (1898-1903). *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, (25), pp. 182-206, <https://doi.org/10.14198/PASADO2022.25.08>

Resumen

El presente trabajo explora la construcción y los límites del término «pueblo», en su auge como fuerza sociopolítica predominante en Valencia en paralelo a un contexto de conflictividad agraria. Todo ello durante los primeros años con mayorías republicanas al frente de la ciudad. *Fematers* y vendedoras de los mercados tenían una fuerte vinculación socioeconómica con las plazas y calles de la urbe y protagonizaron un ciclo intermitente de huelgas y movilizaciones entre 1901 y 1903. Introducían demandas relacionadas con el aprovechamiento de su espacio y con sus herramientas de trabajo, prevaleciendo de que el cese de su trabajo suponía un contratiempo para el tráfico comercial, el abastecimiento alimentario y la higiene de la ciudad. Tanto su existencia como sus acciones serían caricaturizadas por las nuevas autoridades republicanas y sus órganos mediáticos. A menudo, el consistorio fue renuente a reconocer la agencia de los grupos sociales movilizados. Pese a ello, las alusiones institucionales

©2022 Jorge Ramón Ros



Este trabajo está sujeto a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).

y mediáticas al hipotético aislamiento y a la subyugación agraria a las redes caciquiles de la Huerta no impidieron que la corporación intentase entablar negociaciones con los movimientos huelguistas. Un proceso que, progresivamente, iría enmarcado en una disociación entre los labradores de la capital y los pueblos que marcaría el final de las huelgas.

Palabras clave: Pueblo; Valencia; Huelga; Huerta; Política municipal.

Abstract

This paper explores the construction and limits of the term «people» during their rise, as the predominant socio-political force in Valencia in parallel with a context of agrarian conflict. All this during the first years of republican majorities in the city government. **Fematers* and female market vendors had a strong socio-economic link to the squares and streets of the city, and they led an intermittent cycle of strikes and mobilisations from 1901 and 1903. They would introduce demands related to the use of both their space and their work tools, taking advantage of the fact that their shut-down meant a setback for the flow of commercial traffic, food supply and hygiene in the city. Both their existence and their actions were caricatured by the new republican authorities and their media. The city council was often reluctant to acknowledge the agency of the mobilised social groups. Nevertheless, the institutional and media allusions to a hypothetical isolation and agrarian subjugation to the cacique networks of the Huerta did not prevent the corporation from trying to enter into negotiations with the strike movements. That process would gradually lead to divisions between the capital farmers in those of the towns, which would mark the end of the strikes.

Keywords: People; Valencia; Strike; Huerta; Municipal Politics.

Agradecimientos: Agradezco los comentarios sobre una versión previa que realizaron las personas participantes en el seminario «Democracia y Culturas Políticas de Izquierda» del Dept. d'Història Moderna i Contemporània de la Universitat de València, así como las observaciones de las evaluadoras y evaluadores de este artículo.

Tras ganar las elecciones de 1898 al Congreso por València, Vicente Blasco Ibáñez ironizaba en *El Pueblo* acerca de la deshonra de representar al «populacho»:

«les servirá de consuelo afirmar que no soy el diputado de Valencia, sino del populacho, de la gente de blusa, como dicen ellos con su cursi expresión de desprecio. Es chusco el monopolio de clases, la división de castas que aquí hacen los monárquicos (...) Aquí no hay más diputados por el populacho que los monárquicos»¹

El escritor definía así la conducta y la composición social de sus votantes ideales:

1. Vicente Blasco Ibáñez, «Mi triunfo» en *El Pueblo: diario republicano* (EP) 29/03/1898.

«El obrero honrado que adquiere su instrucción en las horas de descanso, formándose sus opiniones con independencia, y purifica su voluntad de tal modo que sabe resistir las seducciones y da su voto al que cree más digno; el comerciante y el industrial que, dedicados a su trabajo, viven lejos de la política, pero en momento oportuno saben salir de casa para apoyar con sus sufragios al que consideran más merecedor de ellos»²

A su juicio, merecían la descalificación de «populacho» quienes no poseían formación ni capacidad de decisión sobre sus vidas:

«son esos tíos de la huerta que vuelcan el puchero, esas manadas que huelen a alpargata y a establo y que a la voz de un cacique que no sabe leer ni escribir votan a cualquier candidato reaccionario a quien no conocen, sin mirar siquiera la papeleta, cuyas letras son para ellos geroglíficos (sic) y ahítos de borrego asado y vino venenoso, que es el único cebo para pescar su conciencia»³

Con la distinción de Blasco, el pueblo se elevaba como actor de las políticas republicanas frente a «los tíos de la huerta», sin aclarar cómo estos podían concienciarse de su hipotética desdicha y abyección sempiterna (Álvarez Junco, 1994: 284). La idea del campesinado como sujeto a convertir, desarrollada desde distintos ángulos por buena parte de las culturas liberales, socialistas y anarquistas a principios del siglo XX, moldeaba estas visiones de unos seres políticamente «inconscientes» (Izquierdo, 2007: 631).

En València, la crítica al estereotipo armusicista de la «ciudad de las flores»⁴ ha llevado, en ocasiones, a que la historiografía definiese el desarrollo de la urbe a finales del siglo XIX en función de la pérdida del componente rural: «va quedando atrás, puesto que las conexiones ferroviarias y carreteras permiten nuevas formas de abastecimiento, mientras que el componente comercial crece paulatinamente y el industrial con cierta rapidez» (Martínez Gallego et al., 2001: 44-45). Desde la geografía cultural, Carles Sanchis e Ignacio Díez han defendido que la ciudad constituía un ente cada vez más separado por una distancia cultural de la Huerta, hinterland modelado a través de «estereotipos festivos» (Sanchis y Díez, 2012: 83-84). En paralelo, investigadores como Ramiro Reig han sostenido que la ciudad era el espacio civilizatorio del blasquismo, frente a un campo opuesto a sus virtudes: «Es tiempo perdido dedicar atención política al campo ya que sólo los ciudadanos son capaces de recibir el mensaje redentor de la República» (Reig, 1992: 235). De acuerdo con Ángel

2. Vicente Blasco Ibáñez, «Mi triunfo» en *El Pueblo: diario republicano* (EP) 29/03/1898.

3. *Ídem*.

4. Éste consiste en la concepción de una ciudad en equilibrio atemporal y pacífico con la Huerta y sus habitantes, sin procesos de industrialización o conflictividad social.

Duarte, los radios de acción del lerrouxismo en Barcelona y del republicanismo valenciano se veían constreñidos por razones logísticas y culturales:

«Ni Blasco Ibáñez ni Lerroux tenían, de entrada, una clientela movilizable mucho más allá del municipio. No es menos cierto que, además, el sueño de la transformación de la ciudad respondía a la creencia de que la ciudad era el microcosmos que aportaba un mayor acceso a la información y un contexto para la acción colectiva más complejo y variado; en otras palabras, mejores posibilidades para implantar unas relaciones sociales libres» (Duarte, 2013: 177)

Ahora bien, ¿qué papel jugaba en la definición de los contornos de la ciudad y el pueblo la consideración de entornos y sujetos que eran situados «fuera» de él? Como se verá a continuación, plantear una dicotomía y una separación estanca entre «el mito agrarista y la realidad obrera» (Martínez Gallego et al., 2001: 41) de València resulta inadecuado a la altura de 1900. Sobre todo, porque la centralidad urbana-industrial en los cambios sociales en la Restauración ya ha sido cuestionada por la historiografía reciente en distintos contextos regionales, al indagar sobre los múltiples focos de motines, huelgas y otras formas de disenso (Lucea, 2009: 44; Bascañán, 2013).

En vista de estos problemas, este artículo explora un conflicto en el que dichas categorizaciones socioeconómicas y culturales son tensionadas en València, en un contexto de nuevas formas de hacer política e identificarse con ella. En concreto, trata las reacciones políticas y mediáticas ante las acciones y reivindicaciones de dos sujetos agrarios en los espacios públicos de la capital del Turia entre 1901 y 1903, en paralelo a las primeras mayorías republicanas en el consistorio. En este ciclo de movilizaciones, las suspicacias de la alcaldía (nombrada por el gobierno central) y buena parte de los concejales aumentarían respecto a sus exigencias, al tiempo que las representaciones mediáticas de huertanas y huertanos tomaban tintes cada vez más oscuros. Entre ellas sobresaldrían las de los blasquistas, que llegarían a descalificar públicamente a las vendedoras y los huertanos huelguistas como «rebaños de esclavos del señor»⁵. ¿A qué se debían semejantes expresiones? ¿Cómo operaban estas valoraciones con la definición del sujeto «pueblo» y su capacidad de participación política cotidiana?

Para investigar estos asuntos, he analizado principalmente las actas consistoriales y las crónicas locales periodísticas sobre esta ola de conflictividad, tratando de advertir sus condicionantes y potenciales. En el caso de las primeras, su carácter sintético no sólo deriva de la economía lingüística y la necesidad de

5. EP, 10/12/1902.

constar con claridad las decisiones políticas, sino del acto, no necesariamente racional, de recoger ideas por escrito de una conversación. Con sólo vacilar y levantar la pluma, el escribano podía modificar las impresiones oficiales y, en consecuencia, condicionar su interpretación posterior, dado que era quien prefiguraba qué merecía ser recordado. Asimismo, los disensos también podían ser limados por la administración municipal para evitar cuestionamientos sobre la autoridad que pretendía emanarse del documento.

En cuanto a las crónicas de prensa relacionadas, la mayoría no tenían un autor claro, sino que se construían colectivamente en la redacción como capturas de la vida de la ciudad a través de distintas fuentes. De esa manera, es necesario considerar el enfoque del diario, pero también su diversidad interna de voces y registros. Las noticias en *El Pueblo*, *El Correo* o *La Voz de Valencia* amalgaman los rumores, las experiencias personales o las declaraciones de las autoridades en relatos breves, pero intensos, que intentan condensar las causas y la narración de los enfrentamientos con las características físicas y culturales de los personajes y la calle.

Como marco teórico, me ha resultado enriquecedora la crítica de los imaginarios culturales entre campo y ciudad de Raymond Williams, trazados con el binomio entre conflictividad urbana e inocencia rural, pero también «entre la conciencia y la ignorancia; entre la vitalidad y la rutina; entre el presente y lo real y el pasado o la pérdida» (Williams, 2001: 293). Para entender la agencia de los sujetos campesinos, he examinado las propuestas de James C. Scott sobre sus resistencias a través de la modulación de sus discursos y gestos (Scott, 2000: 41-70) ante las autoridades, si bien con cautela para no naturalizar dicha capacidad. Y por último, ha sido sugerente la concepción interconectada del desarrollo comercial y urbanístico de la ciudad y las explotaciones agrarias propuesta por William Cronon en la que advierte cómo «city and country shared a common past, and had fundamentally reshaped each other» (Cronon, 1991: 7).

Las huellas agrarias de València en el tránsito de siglo

En el contexto de movilizaciones sociales y reafirmaciones identitarias en torno a 1898, las definiciones en cuerpo y letra del «pueblo» y la «nación» cobraban especial relieve entre las élites gubernamentales y culturales (Arbaiza, 2018: 84). En ciudades como Barcelona o Madrid, estos fenómenos han sido interpretados como un magma que posibilitó la promoción de corrientes políticas alternativas al turno dinástico, como fue el caso de la *Lliga Regionalista* o el carlismo, en plena agitación conspirativa entre 1898 y 1899. El republicanismo no fue una excepción, dado que su revitalización fue basada en la formación de

espacios de debate y sujetos «capaces» de reformar y denunciar las injusticias del sistema político imperante. Según Pamela Radcliff, su objetivo era constituir «una nación de ciudadanos que se guiasen por una serie de valores antitéticos a los de la España monárquica y clerical» con el fin de «minar la hegemonía de las élites tradicionales, socavar la estabilidad de la Restauración y posibilitar la entrada del país en el siglo XX» (Radcliff, 1994: 375). Una nueva generación de líderes alternaría el Congreso con los escarceos con el anarquismo y el socialismo, consiguiendo cierta paz entre las familias republicanas y una expansión social y electoral (Álvarez Junco, 1990: 275-279). Una de ellas era el blasquismo valenciano, que en 1898 pretendía legitimarse como miembro e instigador de las protestas y celebraciones callejeras que articularían el sujeto de sus políticas: el pueblo.

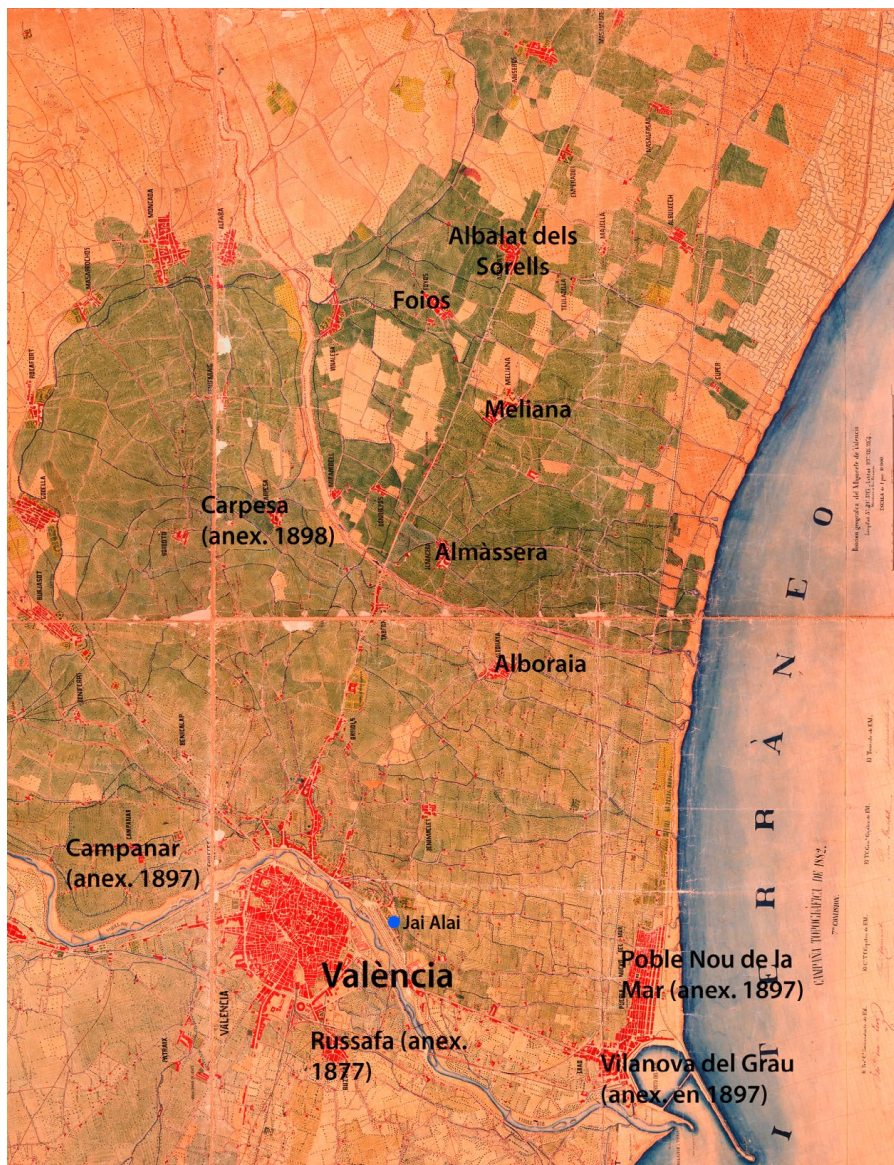
«El pueblo son todos los que han acudido a la gran manifestación, todos menos los que representan al sistema (...). Pero el pueblo denota a la vez a las clases populares, las grandes ausentes de la política y, sin embargo, las únicas que tienen derecho a reclamar por la infausta derrota porque (...) son los «hijos del pueblo» los que han derramado su sangre, mientras los ricos y los señoritos se quedaban en casa» (Reig, 1986: 196-197)

En palabras de Carlos Serrano (Serrano, 2000: 207-212) el pueblo puede definirse como un sujeto social excluido del *Poder*. No obstante, en las declaraciones de Blasco Ibáñez, su significado no sólo bebía de su exclusión de los órganos de gobierno, sino de una hipotética independencia económica y cultural frente a los «tíos de la huerta»⁶. Pese a ello, no sería pertinente concluir que todas las sensibilidades republicanas estigmatizaban las formas agrarias de vida. Si bien pueden ser ilustrativas de los discursos oficiales, resulta arriesgado extrapolarlas a la militancia de base y los tejidos republicanos asentados en la huerta. Hacia 1906, en pueblos como Catarroja, Burjassot o Godella, sus simpatizantes habían creado una potente red de casinos y escuelas laicas, cuya pedagogía debería partir de este contexto socioeconómico (Martínez Gallego et al., 2001: 95). Mientras tanto, en Castellón, capital de provincia más pequeña pero cercana, el republicanismo mantuvo el gobierno municipal de manera ininterrumpida desde 1891 hasta 1936 valiéndose, entre otros factores, de la atracción de propietarios y jornaleros agrícolas a través de un entramado societario heterogéneo (Archilés, 2002: 66-67).

En València, la imbricación entre ciudad y huerta radicaba en un contexto demográfico y económico en el que esta última se presentaba como una realidad ineludible:

6. Vicente Blasco Ibáñez, «Mi triunfo» EP, 29/03/1898.

Fig. 1. Fragmento editado de un plano de la huerta norte de València. Original: *Plano de Valencia y sus alrededores*, Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, 1883, escala 1: 10.000



Pese a sus limitaciones⁷, los datos del censo de 1887 permiten apreciar una notable presencia de población agrícola entre los habitantes de su partida judicial, siendo en esos momentos la actividad principal (Reher et al., 1993: 128). A falta del hipotético empuje que depararía la anexión de tres municipios⁸ vinculados al sector primario en 1897 (Reig, 1986: 26) València superaba a ciudades como Madrid o Barcelona, si bien a cierta distancia de otras urbes con regadío propio contempladas:

Fig. 2. Tablas elaboradas con los datos de Reher et. al.

	Pob. Agrícola	Comercio y transporte	Artesanía e industria	Servidumbre
Madrid	23,52%	9,85%	14,56%	14,01%
Barcelona	8,37%	12,54%	31,51%	5,46%
València	28,40%	11,76%	19,68%	6,56%
Sevilla	32,20%	14,24%	21,85%	8,97%
Murcia	74,14%	5,01%	7,35%	3,19%
Alicante	42,36%	16,73%	23,65%	3,43%

La impronta agropecuaria en la capital del Turia podría acrecentarse si entrasen en escena situaciones no contempladas en dichas estadísticas. En primer lugar, no computan la población agraria femenina «debido a la gran irregularidad en el registro de la población activa femenina». No obstante, esta decisión invisibiliza a aquellas mujeres jornaleras, vinculadas a una explotación familiar o con trabajos intermitentes como la venta de excedentes agrarios. En segundo lugar, tampoco advierte que buena parte del servicio doméstico empleado en el casco urbano provenía de la huerta u otras áreas agrarias, fenómeno narrado en novelas coetáneas (Calvo Acacio, 1904). Y en tercer lugar, sus categorizaciones rígidas desatienden que una parte de los negocios en distritos urbanos con un fuerte peso comercial y artesano se hallaban ligados a la transformación de materia prima o las necesidades de la población huertana⁹.

Por último, a esta cuantificación cabe añadir las transformaciones de la propia economía agraria y de las fricciones en las jerarquías entre arrendatarios

7. Sólo atienden a hombres de 21 a 40 años, oscureciendo el trabajo infantil o las tareas ejercidas por personas de mayor edad.

8. Se trata de Vilanova de Grau, Poble Nou de la Mar (ambos costeros) y Campanar (figura 1).

9. De hecho, eran frecuentes los anuncios en la prensa de negocios que ofertaban calzado e indumentaria para la labranza, abonos, herramientas, cestería para el transporte de productos agroalimentarios, etc.

y propietarios de la tierra, en las que los sectores sin propiedad podían ejercer coacciones ilegales basándose en la fuerza de la «costumbre» ante actos considerados injustos (Garrabou, 1985: 137-138; Garrido, 2010: 20-24). Asimismo, otras investigaciones también hacen referencia a las oportunidades que les proporcionaba la cría de animales en la huerta, animada por el consumo creciente de leche y carne de la provincia y la capital (Calatayud y Medina-Albaladejo, 2017). El pretendido «populacho» del político republicano no estaba recluido en su alquería ni era tan obediente como lo prefiguraba, aunque quizás no de la manera que consideraba indispensable para cuestionar las relaciones caciquiles.

Entre los sujetos que protagonizaban la actividad agrícola en la ciudad se hallaban los *fematers*. Este trabajo solía ser efectuado por labradores propietarios o arrendatarios varones de València y sus pueblos limítrofes: Alboraiá, Almàssera, Orriols, Meliana, etc. A su quehacer cotidiano en el cultivo de las parcelas o la venta en los mercados urbanos, sumaban la recogida y reaprovechamiento del estiércol y los desechos alimenticios de las viviendas, establos y otras dependencias de la capital. En épocas posteriores a las aquí trabajadas, asumían el vaciado de los desechos de los hogares de una calle determinada, bien mediante acuerdos, pujas o según herencia familiar. Mientras que reutilizaban los residuos biodegradables para fertilizar sus parcelas o nutrir a sus animales estabulados, el papel, vidrio u otros materiales solían ser vendidos a lugareños especializados en su transformación.

València no era la única ciudad en la que los trabajadores del campo ponían en valor los despojos de la actividad humana y animal a finales del siglo XIX. Hasta la década de 1870, la fertilización con estiércol había sido fundamental para permitir la creciente productividad de la agricultura española (González de Molina, 2010: 338-346). Labradores de otras urbes con regadíos anexos y carencias en los servicios de limpieza pública, como Murcia (Pérez Picazo, 1986: 108-110) o Granada, también transitaban las calles en búsqueda de los desperdicios vecinales. De hecho, la reutilización de los residuos gozaba de cierta notoriedad en determinados contextos de intensificación agraria en regiones periurbanas de Europa Occidental o Estados Unidos (Tarr, 1996: 348; Barles, 2005: 177-182).

Al menos desde mediados del siglo XIX, el *femater* había protagonizado junto a las vendedoras de la Huerta diversas huelgas que habían comprometido el tráfico de la ciudad y el abastecimiento de alimentos e incidido en las imágenes y sensibilidades de las élites políticas, la prensa y los círculos literarios valencianos sobre el mundo agrícola próximo (Burguera, 2008; Martínez Gallego, 1997). Mientras otros discursos políticos y literarios afirmaban una interdependencia armónica del campo con la urbe, las crónicas periodísticas

insistían en coyunturas conflictivas en la violencia, irracionalidad y alienación de las y los huelguistas que utilizaban el espacio urbano.

Frente a este marco despectivo, cabe preguntarse de qué entorno socioeconómico provenían estos grupos agrarios y qué motivaciones podían tener para participar en la circulación comercial (y residual) de la ciudad. En Alboraiá, uno de los principales pueblos colindantes, José Ramón Modesto apunta que en 1889, el 81,2% y el 5% de la tierra estaba en manos de burgueses y nobles respectivamente, quedando un 13,8% en propiedad del campesinado (Modesto, 2010: 48). Ahora bien, su distinción resulta problemática porque en la fuente tomada, «burguesía» equivalía a propietarios provenientes de València, sin abarcar a la residente en el pueblo o los campesinos enriquecidos que podían haber adquirido otras parcelas además de las familiares.

De hecho, se trataba de un período en el que un número creciente, aunque minoritario, de labradores arrendatarios estaba comprando las tierras que trabajaban. Samuel Garrido ha estudiado los cambios en la titularidad y procedencia de los propietarios de tierras de Alboraiá, al norte de la ciudad, y otras zonas como Faitanar. Según el autor, se aprecia un lento pero progresivo acceso a la propiedad privada, interpretado en clave de ascenso social (Garrido, 2012: 165). Por ello, el interés de estos sectores en recoger desperdicios o vender en los mercados podría radicar en la obtención de ingresos complementarios para la economía familiar o realizar mejoras en sus tierras o en las infraestructuras agrarias de las comunidades de riego para fortalecer su posición (Calatayud, 2005: 158-159). Pese a ello, no cualquiera podía acceder a dichas labores. Tras contrastar el padrón de Alboraiá de 1904 con una lista de los 217 *fematers* de dicho pueblo con licencia en 1902, puede deducirse que, si bien conformaban un número notable, sólo abarcaban el 12,7 % de todos los propietarios, arrendatarios y jornaleros agrícolas del pueblo. De ellos, sólo uno era identificado como «jornalero»¹⁰. Con ello, el reaprovechamiento de despojos urbanos semeja erigirse en un recurso diferencial para nutrir las cosechas y los animales criados en sus alquerías, en un contexto en el que gozaba de relevancia la prestación de bienes y servicios no mercantilizados en las comunidades campesinas (Cruz Artacho, 1996: 195).

10. Archivo Municipal de Alboraiá, *Entradas y salidas*, A-0134/008 (12/05/1902); *Padrón de habitantes (calles)*, A-0344/000 (1904).

El ayuntamiento del «pueblo» frente a las movilizaciones agrícolas en la ciudad

El 3 abril de 1901, la prensa local anunciaba que el pleno (con mayoría relativa republicana) había introducido un peaje diario de 15 céntimos por cada carro agrícola que accediese a València. Al día siguiente, el alcalde nombrado por el gobierno central, José Montesinos, intentaba calmar en un bando a los habitantes de la huerta levantados en huelga a causa de dicha medida:

«Los carros que han de pagar son los de los pueblos que no pertenecen a Valencia, porque no es justo que vosotros [los labradores del término] paguéis, como venís pagando un impuesto al año, y ellos no paguen nada, siendo de peor condición los de Valencia que los forasteros, y aun respecto a estos, la Alcaldía está dispuesta a cobrar el arbitrio en forma que no les sea tan gravoso»¹¹.

Así pues, se presentaba como el reparador de un hipotético agravio comparativo que los huertanos del término debían agradecer. Los conatos de conflicto eran atribuidos a un ente indefinido: ajeno, pero próximo a ellos. «Espero, pues, que los huertanos no darán oídos a las gestiones que cerca de ellos se hagan para que promuevan conflictos». Para concluir, aludía a una conciliación que semejaba más bien una amenaza:

«No dudo que mis consejos serán atendidos, pues así conviene a todos los huertanos de Valencia porque a ellos nada les exige, y a los huertanos forasteros porque si han de conseguir rebaja en el arbitrio ha de ser formulando sus pretensiones en forma legal, no dejando de entrar en la Ciudad y, sobre todo, no promoviendo algarazara alguna»¹².

En sus proclamas, el alcalde evitaba explicar a qué se debía esta recarga fiscal. Pero en los debates de plenos posteriores, las declaraciones de otros concejales apuntan a que obedecía a la voluntad de la Comisión de Hacienda de crear nuevos arbitrios para nivelar los déficits del presupuesto municipal en elaboración¹³.

Mientras tanto, los principales periódicos alertaban del supuesto desabastecimiento de frutas y verduras en Pascuas si la huelga proseguía. Mas había una fuente adicional de inquietud. La movilización agrícola había sido aglutinada parcialmente por la Sociedad de Agricultores de la Vega (SAV) constituida en

11. Hemeroteca Municipal de Valencia (HMV) bando del 4/04/1901.

12. *Ídem*.

13. AHMV, actas del pleno consistorial, 6/05/1901 y 13/05/1901.

1900¹⁴. El registro provincial de asociaciones se refiere a ella como una sociedad que pretendía «mejorar moral y materialmente la condición de sus asociados». Cifrados inicialmente en unos 300, en 1902 contabilizaba unos 2317 afiliados. De ser así, estos datos la convertían en la sociedad agraria con mayor volumen y crecimiento de miembros en el área metropolitana de València¹⁵. Durante las huelgas, los periódicos incidirían en la participación multitudinaria de huertanos (siempre representados como varones) en sus asambleas en grandes recintos como el *Jai-Alai*, fuera del casco urbano (figura 1)¹⁶.

Su nacimiento se produjo en los inicios de una ola de cooperativismo agrario. En 1901, diversas asociaciones, cámaras agrarias y cajas rurales habían formado la Federación Agraria de Levante, organismo interesado en cuestiones arancelarias, abonos y crédito agrario, pero sin estudios sobre su composición y alcance social (Martínez Gallego, 2010: 235-236). Pero pese a que hay menciones a comités permanentes de huelga, existen pocas referencias acerca de su organización interna, financiación o agenda de actividades, por lo que es arriesgado tratar a la SAV como un sindicato o cooperativa agraria. Tal vez sería más apropiado definirla como una coordinadora que les ayudaría a bloquear la circulación de personas y mercancías, aliarse con otros colectivos y, en última instancia, apropiarse de calles y plazas para visibilizar su praxis.

Según la prensa, la SAV coordinaría en abril de 1901 acciones con las vendedoras hortofrutícolas del Mercado. Es difícil saber con certeza qué les empujaba a establecer alianzas. Ahora bien, teniendo en cuenta la compenetración con la que eran representados en prensa, es posible que, con independencia de la vecindad o las relaciones afectivas y de parentesco que tuvieran, se identificaran mutuamente como sujetos marginados. De un modo parecido a los *fematers*, ellas también habían padecido la ridiculización mediática, en este caso a manos de *El Pueblo*:

«Las verduleras de entonces se han vestido de seda, aunque les sienta mal, como a todas las señoras improvisadas, e iguales a estas hacen remilgos y dicen representar las clases conservadoras y hacen reír con sus pujos, de distinción, cuando aún apestan con su olor de origen»¹⁷.

14. En la actualidad, es una empresa de recogida de residuos callejeros. Pese a mantener el nombre original, ya no está vinculada al mundo agrario. No me fue posible acceder a su documentación interna dado que, según dicha sociedad, no se ha conservado.

15. Arxiu del Regne de València, Administración Central Delegada, libro del Registro de Asociaciones n.º 1 (1887-1911).

16. Consistía en un pabellón inaugurado en 1893 para celebrar partidos de pelota vasca, con un aforo de 6500 personas.

17. EP, 2/02/1899.

En medio de la zozobra del turno dinástico en la ciudad del Turia, la voluntad común de *fematers* y vendedoras en ir a la huelga preocupaba a las autoridades políticas y la prensa. Aunque originariamente fuesen reacios al peaje, aludían constantemente al peligro de que la protesta fuera redirigida por el carlismo y los caciques rurales, marginando a sus integrantes al papel de títeres:

«Y decimos esto porque se nos asegura que ciertos elementos políticos, especialmente los carlistas, pretenden explotar este conflicto para sus fines electorales en Alboraya y Almacera (...) las canallescadas mentiras que hacen circular contra los concejales de la Fusión, nos hacen ver que se pretende explotar esta agitación contra los republicanos, abusando de la sencillez de los labradores»¹⁸.

La «sencillez» era sinónimo de una ignorancia que, según la literatura blasquista, suponía una tendencia natural de los labradores desde pequeños, caracterizados como «bestias» a amansar mediante «el método moruno: canto y repetición hasta meter las cosas con un continuo martilleo en las duras cabezas» (Blasco Ibáñez, 1901, 140-141). En *La Barraca*, los tópicos rousseanios del «buen salvaje» salpicaban los diálogos del personaje del maestro, que así hablaba de la gente de la huerta:

«...en el fondo son buena gente. Muy brutos (...) capaces de las mayores barbaridades, pero con un corazón que se conmueve ante el infortunio y les hace ocultar las garras... ¡Pobre gente! ¿Qué culpa tienen si nacieron para bestias y nadie les saca de su condición?» (Blasco Ibáñez, 1901, 208)

El Pueblo no era el único diario que interpretaba que los intereses y las acciones de los sujetos agrícolas *debían estar* al margen de la política. *El Correo*, de filiación liberal-demócrata, recalca este aspecto, si bien entendía sus demandas como una cuestión de índole económica y reparación moral legítima: «defenderán sus intereses mientras estén convencidos de que mantienen un derecho respetable, y dejarán aparte su conciencia en lo que a política se refiere...»¹⁹. Su análisis se centraba más en las consecuencias en la higiene y la movilidad por las calles: «el desdichado transeúnte se ve obligado a pisar basura, a resbalar y caer, a ensuciarse y respirar un hedor insoportable»²⁰.

Entretanto, en *La Voz de Valencia* temían las consecuencias del enfrentamiento en los comportamientos de los movimientos huelguistas. Cercanos al catolicismo social y al carlismo, exponían su preocupación ante «las idas y venidas, promesas y ofrecimientos» de la alcaldía. En términos similares a *El Pueblo* sobre la sencillez labriega y su vulnerabilidad, creían que el conflicto

18. «Los huertanos», EP, 5/05/1901.

19. *El Correo* (EC) 29/04/1901.

20. EC, 2/05/1901.

podía conllevar que «la laboriosa clase del campo comience a conocer y a poner en práctica ciertos procedimientos de cohesión y resistencia que, elevados a sistema, pudieran traer consecuencias muy funestas para el porvenir»²¹. Ahora bien, el autor no especificaba en qué consistían esas resistencias y por qué eran un problema.

Al expresar sus miedos, es posible que el diario católico tuviese presente la inclusión de la voz oficial de la SAV en los debates mediáticos. Así pues, la plataforma había enviado un comunicado a la prensa en el que concebía el carro no como un vehículo, sino como una herramienta laboral que no podía ser fiscalizada. Para ello, comparaba su situación con la de los obreros de la ciudad:

«Si el Excmo. Ayuntamiento acordara crear ese arbitrio sobre el palustre que maneja el albañil, sobre el banco del carpintero o sobre la lima del cerrajero, ¿no sería a la vez injusto y ridículo? Pues igual nos acontece a los labradores al pesar sobre el carro, un instrumento de trabajo, el arbitrio sobre el cual reclamamos»²².

La alcaldía intentó zanjar la cuestión insistiendo en la obligatoriedad del pago sólo para quienes vendiesen más de 10 kilos de fruta y verdura²³. No obstante, el recrudecimiento de la huelga requeriría la convocatoria de una sesión extraordinaria en la que sería debatido el importe y la conveniencia del impuesto. En el relato del escribano municipal no sólo importaba el debate fiscal, sino el ambiente de hostilidad que permeaba la sala. El público, formado por labradoras y labradores, «seguía pugnando por penetrar en el salón y en actitud tumultuaria»²⁴. El pleno, suspendido por momentos, era mostrado como un espacio de deliberación asediado, con concejales conservadores marchándose argumentando que «no era posible discutir y votar este asunto con la libertad necesaria»²⁵. Es posible que esta imagen tumultuosa estuviese relacionada con las crecientes suspicacias de los concejales hacia las protestas. De hecho, pocos días antes, *El Pueblo*, partidario inicial de la supresión del impuesto sobre los carruajes agrícolas, había matizado a qué tipo de labrador quería defender²⁶. A ello cabe sumar un contexto de detenciones de huertanas,

21. *La Voz de Valencia* (LVV) 4/05/1901.

22. «Los huertanos–Petición al Ayuntamiento» *El Mercantil Valenciano* (EMV) 9/04/1901.

23. AHMV, actas del pleno consistorial, 29/04/1901.

24. AHMV, actas del pleno consistorial, 6/05/1901.

25. *Ídem*.

26. «Los huertanos», EP, 5/05/1901.

acusadas de desvalijar a varias revendedoras en el Mercado, y de labradores, que habían intentado boicotear los sacrificios en el matadero municipal²⁷.

Dadas estas situaciones de evidente contacto con la prensa y las autoridades, ¿por qué se ponía en duda la capacidad de acción y reivindicación de agricultoras y agricultores? Con independencia de las acusaciones de títeres del carlismo, existen algunas formulaciones que permiten explicar esta paradoja. De acuerdo con una columna coetánea de Luis Morote, periodista vinculado a la Fusión Republicana, los habitantes de la Huerta «nacían con la espalda encorvada. La primera palabra que aprenden es la de ‘amo’»²⁸. Las relaciones de poder entre dominados-dominantes habían sido interiorizadas por los habitantes del mundo rural hasta el punto de anular su voluntad. Según él, eran una «masa inmovible, estratificada, burguesa por esencia, presencia y potencia»²⁹. Estas visiones, salvando la exaltada retórica, interpelan a buena parte de las teorizaciones historiográficas sobre el hipotético analfabetismo cultural y político de mujeres y hombres del campo hasta bien entrada la década de 1970, deudoras de una concepción de la política como ámbito formal e institucional (Cabo y Veiga, 2020: 230-234). Empero, si tal era su grado de sometimiento, ¿cómo explicar su capacidad organizativa, la duración del conflicto y la heterogeneidad de las réplicas recibidas desde la prensa y las autoridades?

No queda totalmente claro si el convulso pleno del 6 de mayo de 1901 se saldó con la supresión total o parcial de los impuestos sobre los carros de los agricultores del término y foráneos. De hecho, la redacción de su acta fue el pretexto propicio para que carlistas, conservadores y republicanos se enzarzaran en una discusión con el alcalde sobre qué resolución había sido adoptada y quién la había propuesto³⁰. Las presas y presos habían sido liberados: pero con semejantes incertezas, no parecían existir bases políticas sólidas para resolver un conflicto que volvería a reactivarse.

Durante diciembre de 1902, los *fematers*, capitaneados por la SAV, volverían a tomar las calles del casco antiguo en alianza con las huertanas vendedoras y en contra de los designios de un consistorio en el que Fusión Republicana ya poseía mayoría absoluta. Sin embargo, no era una mera reedición del conflicto de 1901. En mayo de 1902, hay indicios de un intento de negociación de la corporación de València con los *fematers* de pueblos como Alboraiá. En correspondencia privada, ésta solicitaba la intermediación del alcalde alborayense

27. *Ídem*.

28. Luis Morote, «Los Huertanos», EP, 7/04/1901.

29. *Ídem*.

30. AHMV, actas del pleno consistorial, 13/05/1901.

para nombrar y encabezar una comisión de agricultores del pueblo con licencia para *femejar*³¹, aportando el listado previamente analizado. Se desconoce el contenido preciso de las conversaciones, si es que las hubo finalmente. Semanas más tarde, Adolfo Beltrán, concejal de Policía Urbana y líder blasquista municipal, admitía que les había propuesto encargarse también del servicio de limpieza callejera, a través de un contrato escrito que encauzara las prácticas consuetudinarias existentes³².

Quizás previendo la Feria de Julio, coyuntura peliaguda por la afluencia de visitantes, una confluencia de colectivos agrarios y sociedades de carreteros presentaron ante la prensa sus exigencias, en respuesta a la comisión dirigida por Beltrán³³. En perspectiva, la importancia de su escrito reside en ser una de las contadas ocasiones en que las organizaciones agrarias tendrían una resonancia explícita en un diario durante el conflicto, sin pasar por resúmenes o conjeturas de las redacciones. Tres aspectos resultan especialmente sugerentes para entender las tensiones entre las autoridades municipales y las comunidades agrarias. En primer lugar, rechazaban asumir la gestión de la limpieza callejera propuesta por el consistorio, «sin perjuicio de que los labradores puedan recoger libremente el estiércol de las calles, al paso que entran a sacar el de las habitaciones y casas»³⁴. En segundo lugar, las demandas no se reducían a una cuestión fiscal. La lucha contra el arbitrio era el detonante para introducir solicitudes «históricas» como la obtención de los despojos del Mercado, la segregación de sus espacios entre revendedoras y huertanas o la extracción de arena del río Turia³⁵. Y en tercer lugar, su firma por representantes de colectivos de Alboraiá, Meliana, Carpesa y otros núcleos permite intuir que, además de la SAV, el norte de la Huerta contaba con cierta autonomía y presencia organizativa. No obstante, a falta de mayor documentación de la actividad de las sociedades locales de labradores, es complicado dilucidar cómo se articulaban en estos municipios.

De todas formas, si la intención de su comunicado era encauzar las negociaciones sobre la regularización de su trabajo y modo de vida en la ciudad, fracasó. El 30 de junio, el pleno rechazó por unanimidad estudiar sus propuestas hasta la confección de los próximos presupuestos municipales, decisión justificada por ediles de todos los colores en base a los mecanismos de presión

31. Archivo Municipal de Alboraiá, *Entradas y salidas*, A-0134/008 (12/05/1902).

32. AHMV, actas de la Comisión de Policía Urbana, 27/06/1902 y EP, 28/06/1902.

33. LVV, 29/06/1902.

34. *Ídem*.

35. La detención de las huertanas en mayo de 1901 se produjo por su choque con las revendedoras en el Mercado.

utilizados. Bort, destacado empresario metalúrgico y concejal blasquista, sostenía que «aun cuando las pretensiones de los huertanos eran justas, se habían presentado en son de amenaza y de un modo irregular»³⁶. Por ello, cuando las cuentas no recogieron sus reivindicaciones, la pugna se reanudó e intensificó, y con ello, la cobertura periodística de la conflictividad agraria, pero con algunos cambios. Ahora, *El Pueblo* representaba a los *fematers* como entes privilegiados que se aprovechaban de la ciudad, desatendiendo las necesidades higiénicas de los barrios. Así, su interacción con València cobraba tintes parasitarios: «se llevan el mejor estiércol, ensucian las calles, entran y salen a la hora que les da la gana y no guardan ninguna de las reglas de aseo e higiene más elementales»³⁷.

A lo largo de diciembre de 1902, las crónicas del diario republicano, *El Mercantil* y *El Correo* ahondarían desde distintos ángulos en una perspectiva irracional, violenta e invasiva de las movilizaciones agrícolas. Por un lado, a través de denuncias de las talas de campos y los cortes de caminos en las afueras. Y por otro lado, rechazaban la sustitución de la compra-venta en el Mercado por otros usos del espacio público. *El Correo* iniciaría su crónica del conflicto con el provocador título de «Valencia invadida por los labradores». Salvando las distancias, esta percepción peyorativa (y su contrapunto deseado) parecía apelar al vínculo entre respetabilidad urbana y la distancia entre cuerpos analizado en otras latitudes (Gunn, 2007: 76-77). Así pues, el disparo de cohetes era asociado al placer de «algunos chiquillos y huertanos amigos de estas diversiones» que motivaba la expulsión de las calles de hipotéticos transeúntes no relacionados con la huelga. O el propio destrozo de las frutas y verduras contra el suelo de la plaza «haciendo imposible el tránsito»³⁸.

El espacio público del Mercado fue convertido por la prensa durante las revueltas en un paraje extraño a la urbe, sin mención a su pasado reciente como núcleo y motor de las rebeliones republicanas durante la Gloriosa y el Sexenio (Monlleó, 1996: 138-140). Ahora, era concebido como un lugar amenazante en el que había cesado todo flujo comercial. Junto a los boicots a los agricultores «esquiroleros» y los cortes de caminos en la Huerta, era mostrado por los blasquistas como un entorno alejado de cualquier idea de dignidad popular. Esta «especialización» de los sujetos y comportamientos sospechosos en torno a las áreas comerciales/agrarias de la ciudad no es peculiar de València. Por ejemplo, la prensa satírica conservadora madrileña proporcionaba entonces relatos oscuros sobre Cuatrocaminos, suburbio en el que persistían determinados usos agrarios del territorio (De la Cruz, 2019). No obstante, a diferencia de la capital

36. AHMV, actas del pleno consistorial, 30/06/1902.

37. «Los huertanos» EP, 9/12/1902.

38. «Valencia invadida por los labradores» EC, 6/04/1901.

estatal, las movilizaciones agrarias no sólo se desarrollaban en las afueras, sino en el mismo centro urbano donde los blasquistas habían impulsado sus rituales y procesiones cívicas desde sus inicios como movimiento. En otros contextos como el de Barcelona, Chris Ealham interpretaba el conflicto de 1903 en los mercados en torno a los impuestos sobre los alimentos como una lucha de clase de las vendedoras ambulantes que «se amotinaron, haciendo añicos las ventanas de las tiendas de los comerciantes más ricos» (Ealham, 2005: 74). En una ciudad hortícola como Alicante, Javier Olivares ha investigado una situación similar a la de València pero con protagonistas diferentes (Olivares, 1987: 159). En 1896, una huelga del pequeño comercio por motivos fiscales sería secundada por las paradas del mercado (probablemente agrícolas una parte de ellas) hasta paralizar casi por completo su distrito comercial. Según la prensa, estas movilizaciones comportaron la expulsión momentánea de las élites políticas alicantinas y el alcalde conservador, que había ido a sofocar junto a sus concejales la revuelta (Olivares, 1987: 161).

El 11 de diciembre de 1902, la alcaldía lanzó un bando que, sutilmente, contraponía el bienestar del vecindario a los labradores. «Que el Ayuntamiento, en vista de la actitud de los labradores, ha organizado brigadas para recoger la basura de las casas. Al efecto, los vecinos, de diez a once de la noche, depositarán la basura en la vía pública»³⁹. ¿Cómo se pronunciaban otros residentes y transeúntes sobre estas controversias entre la Huerta y el consistorio? A diferencia de períodos anteriores, no se han conservado los escritos vecinales dirigidos a Gobernación Civil. Ello imposibilita interpretar las experiencias de otros habitantes ante la huelga y los enfrentamientos policiales, aspecto que hubiera enriquecido este artículo. Dicho esto, de la manera en que era enunciado el bando, estos podían interpretar que la negativa de los *fematers* a recoger los desperdicios urbanos les afectaba negativamente por partida doble. Por un lado, obligaba al consistorio, presentado a sí mismo como aliado higienista de los vecinos, a invertir más en operarios y medios para evitar el bloqueo del tránsito, en un contexto hostil a la presión fiscal (López i Hernando, 1984: 127-128). Y por otro lado, la huelga implicaba que el vecindario estuviese más pendiente de la brigada municipal de limpieza para vaciar sus depósitos, causándoles molestias adicionales.

Con el paso de las semanas y el incremento de la problemática en las calles, la prensa indicaba la apertura de una negociación entre el nuevo gobernador civil y una comisión de huelguistas, sin menciones a la corporación municipal. Mientras tanto, *El Pueblo* criticaba que «desde que se fundó [la SAV]

39. H MV, bando del 11/12/1902.

no ha hecho más que discurrir cómo molestará, perturbará y perjudicará al Ayuntamiento. Parece fundada para eso exclusivamente»⁴⁰. Pero al tiempo que proporcionaban esta imagen, otras cuestiones pasaban desapercibidas. Por ejemplo, la división en los plenos, ya patente entre la oposición carlista y la mayoría republicana, empezaba a lastrar la toma de decisiones políticas incluso en asuntos más sencillos⁴¹. En paralelo, los sucesos en la Huerta seguían tratándose en las primeras planas como alteraciones de los flujos de personas y mercancías entre campo y ciudad, pero con diferentes enfoques. *El Correo* incidía en la extensión de las campañas matutinas de vigilancia de carreteras y detenciones de la Guardia Civil en el norte de la Huerta, en búsqueda «de grandes grupos de huertanos en actitud nada pacífica». Sin embargo, los blasquistas criticaban la pasividad de este cuerpo ante las talas de campos en Foios, Meliana y Alboraiá de agricultores no participantes en la huelga o los bloqueos de carreteras⁴².

La represión en la Huerta iba en paralelo a otros caminos de resolución del conflicto. Poco antes de las Navidades de 1902-1903, un nuevo contrato de limpieza pública era vislumbrado por el ayuntamiento como una solución. Ahora bien, sus cláusulas habían variado respecto a las de junio de 1902. En esta ocasión, un debate de la comisión de Policía Urbana apuntaba una cierta separación entre las labores de las brigadas pagadas por la corporación y los *fematers*. La alcaldía reafirmaba que su derecho de extracción de las basuras domiciliarias «estaba reconocido por las ordenanzas municipales y por el presupuesto vigente»⁴³, pero nada decía de su trabajo en la calle.

Sorprendentemente, el 2 de enero de 1903 la prensa informaba de que la SAV era candidata al servicio de limpieza pública⁴⁴. A priori, esta predisposición podría entenderse si las huelgas se destinasen sólo a mejorar las condiciones laborales de sus asociados y regularizar su interacción con la ciudad. Sin embargo, esta organización formaba parte de una movilización agrícola más amplia: y esta complejidad resurgiría de nuevo, siendo explotada por la prensa contrariada por ella.

En mayo de 1903, *El Pueblo* retrataba al alcalde de Alboraiá como un cacique que había provisto fraudulentamente a sus «súbditos» de placas para

40. EP, 18/12/1902.

41. Algunos concejales liberal-demócratas y blasquistas intentarían paralizar la legislación de las demandas de las agrupaciones movilizadas para construir retretes en el Mercado, sota el pretexto de que sus coacciones y su violencia «impedía al Ayuntamiento resolver nada referente a ellos». AHMV, actas del pleno consistorial, 13/12/1902.

42. EP, 17/12/1902.

43. AHMV, actas del pleno consistorial, 13/12/1902.

44. EC, 2/01/1903.

sus carros que los identificaban como huertanos de la capital ante una eventual inspección. Y al mismo tiempo, denunciaba que la SAV había aconsejado el impago de las licencias⁴⁵. Dos semanas después, otros diarios exponían la rescisión del arrendamiento de los servicios de limpieza pública concedido a la sociedad. De acuerdo con *Las Provincias*, la aceptación del contrato había generado fuertes desavenencias dentro del colectivo:

«Los huertanos se reunieron ayer nuevamente para ocuparse del arriendo de la limpieza pública, siendo desechado este contrato, y acordándose la expulsión de la junta que, a espaldas de los labradores, y tomando su nombre, lo concertó con el Ayuntamiento (...) Los fematers persisten en su huelga si no se les quita el arbitrio de estercolar»⁴⁶

Con esta cascada de ceses, los corresponsales que cubrirían las reuniones de la SAV apuntaban a una crisis interna notable:

«La directiva no había dejado ningún fondo en la caja, ni siquiera para satisfacer el alquiler de la casa social. Añadió que esto obligaba a los socios a buscar un local más modesto y a abrir una suscripción al objeto de allegar algunos fondos, y proceder, sin levantar mano, a reorganizar la Sociedad, a base de establecer la más perfecta armonía entre todos los que viven del trabajo de la tierra»⁴⁷.

Esta fragmentación sería una de las claves explicativas de una creciente tendencia mediática a representar la SAV y los grupos agrarios movilizados como entidades frágiles y divididas. En el verano de 1903, la armonía entre los trabajadores de la tierra citada en *Las Provincias* semejava una quimera para el diario blasquista, que atribuía las convulsiones de la sociedad ex arrendataria, con sede en la capital, a la influencia de los huelguistas de los pueblos. En un contexto de anticlericalismo agitado por Fusión Republicana, cualquier razón parecía suficiente para alegar que los problemas partían de Alboraiá. No hay que olvidar que en su huerta se había inspirado Blasco para representar los estallidos de violencia agraria. Probablemente, dicha visión no se basaba sólo en prejuicios o criterios de arraigo social de la huelga, sino en el repudio republicano de la fortaleza del conservadurismo católico y sus vertientes políticas en esta localidad. En las elecciones generales de 1901, sólo el carlismo alborayense «aportaba 654 de los 5546 votos obtenidos (...) en la gran circunscripción electoral que incluía la capital provincial» (Esteve, 2017: 214).

45. EP, 5/05/1903.

46. *Las Provincias* (LP) 18/05/1903.

47. «Sociedad de labradores de la Vega» LP, 22/05/1903.

«existe allí una mayoría ignorante y fanatizada que obedece a ciegas a los carlistas, quienes le han sugerido odio a muerte al Ayuntamiento de Valencia. Esa mayoría de Alboraya, con otros elementos parecidos de Almácer y Meliana, se han impuesto a los huertanos del término municipal de esta ciudad, y en esto consiste la cuestión presente»⁴⁸.

Asimismo, la brecha geográfica entre la vega de València y los pueblos se había asentado en otros medios como el liberal *La Correspondencia de Valencia*, que sostenía la neutralidad de los agricultores de la ciudad:

«La junta había invitado a dicha reunión a los huertanos de Alboraya, Almácer y Meliana, pero estos no han acudido.

Se ha hablado de la huelga de los fematers, acordándose en vista de que han quedado fuera de la Sociedad los agricultores de los tres indicados pueblos, mostrarse completamente neutrales en la cuestión de la basura, que no afecta a los huertanos de la Vega»⁴⁹.

Esta disgregación pudo repercutir en que las acciones y los debates consistenciales sobre las huelgas agrarias durante el verano de 1903 ya no fuesen tan frecuentes como los de años anteriores. Las fuentes existentes dan la sensación de que la fuerza del movimiento huelguístico se estaba agotando. O al menos, ya no contaba con la misma legitimidad entre todos los labradores ni con la ocupación de espacios urbanos para mostrarse al resto de habitantes. Ahora, su lugar de encuentro se había desplazado al barranco de Carraixet, que atravesaba la huerta al norte de València⁵⁰. En paralelo, una parte de los concejales conservadores estaban alejándose de la conciliación con las demandas labriegas mantenida en 1901 y 1902⁵¹. Condición no suficiente, pero sí probablemente necesaria para reducir el impacto de las protestas. De hecho, el resultado desfavorable de los debates sobre arbitrios y licencias para los carruajes y cargas no precipitaría movilizaciones en los siguientes meses.

De acuerdo con Ramiro Reig (Reig, 1986: 350-351) el balance de este ciclo de conflictividad se tradujo en una «victoria» municipal sobre los *fematers*, que veían reducido su radio de acción en las calles de la ciudad. Tras unos años de administración directa del servicio de limpieza pública, la corporación conseguiría zafarse de él en 1907 arrendándolo a un licitador privado a cambio de 108.490 pesetas. Resulta una incógnita la adaptación de los *fematers* a este nuevo contexto, pero los lamentos sobre el bloqueo e invasión agraria de la

48. «Los huertanos y la limpieza pública» EP, 3/06/1903.

49. LCV, 28/06/1903.

50. «La huelga de los huertanos» LP, 26/08/1903.

51. AHMV, actas del pleno consistorial, 24/08/1903.

ciudad volverían a resonar a partir de 1916-1917, en una ola de conflictividad generalizada en el Estado español (Ramón, 2021).

Conclusiones

Pese a los discursos mediáticos sobre supuestas idiosincrasias y aislamientos de la huerta, los gobiernos municipales valencianos nunca dejaron de prestar atención a este entorno y a las actividades desempeñadas por sus habitantes. Las movilizaciones urbanas de las vendedoras y los *fematers* en València no sólo habían tensado una distinción idealizada entre praxis campestres y urbanas. En estos debates, afloraba una de las preocupaciones transversales de los círculos intelectuales y políticos de la Restauración: la «cuestión social». Por ejemplo, los redactores de *El Pueblo* no lo concebían como un conflicto legítimo porque para ellos, el blasquismo era el representante óptimo de cualquier trabajador agraviado⁵². Si nos quedáramos con esta impresión, el campesinado de València y las localidades cercanas semejaba no pertenecer a las genealogías idealizadas del pueblo obrero (identificado con el entorno urbano) en la línea de la visión del ciudadano como primigenio converso (Scott, J. W., 2006). No obstante, como he advertido en páginas anteriores, en determinados momentos el gobierno municipal también intentó atraer y pacificar con condiciones diferenciales a los labradores del término valenciano. Sería necesario un estudio de los tejidos asociativos y las praxis de las fuerzas políticas aquí analizadas en la huerta, sin centrarse sólo en los momentos de fricción, antes de extraer conclusiones sobre sus alteridades y prejuicios políticos en torno al mundo rural y el urbano.

A lo largo de este artículo, he intentado exponer cómo este conflicto simbólico y material de los grupos agrarios y sus usos del espacio público puede ayudar a la comprensión de los límites de la representatividad de los gobiernos municipales y su concepción de «pueblo» en la València de principios del siglo XX. Límites que, en cualquier caso, no le impidieron gozar al blasquismo de la hegemonía política en la ciudad hasta 1911 y, de nuevo, en períodos posteriores. En este sentido, cabe preguntarse si las reticencias de estos y otros grupos liberales para «reconocerse» y reconocer la movilización de las labradoras y labradores de manera más compleja pueden interpretarse como un conflicto político sobre los contactos a mantener entre lo urbano y lo rural (y la política del futuro frente a la del pasado) durante el primer decenio del siglo XX.

52. EP, 11/12/1902.

Bibliografía

- ÁLVAREZ JUNCO, José (1990). *El emperador del Paralelo: Lerroux y la demagogia populista*. Madrid: Alianza.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (1994). Los amantes de la libertad: la cultura republicana española a principios del siglo XX. En Nigel TOWNSON (ed.) *El republicanismo en España (1830-1977)* (265-292). Madrid: Alianza.
- ARBAIZA, Mercedes (2018). Sentir el cuerpo: subjetividad y política en la sociedad de masas en España (1890-1936). *Política y Sociedad*, 55, 71-92. <https://doi.org/10.5209/POSO.56798>
- ARCHILÉS, Ferran (2002). *Parlar en nom del poble: cultura política, discurs i mobilització social al republicanisme castellanenc (1891-1909)*. Castelló: Ajuntament de Castelló.
- BARLES, Sabine (2005). *L'invention des déchets urbans. France: 1790-1970*. Seyssel: Champ Vallon.
- BASCUÑÁN, Óscar (2013). La lucha por los montes. Conflicto y política en la Sierra de Cuenca durante la Restauración. *Historia Agraria*, 61, 45-77.
- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente (1901). *La Barraca*. Valencia: Francisco Sempere.
- BURGUERA, Mónica (2008). La política de los paisajes campesinos en la ciudad: mujeres, niños y resistencia familiar en la Valencia de la segunda mitad del siglo XIX. En Mónica BURGUERA y Christopher SCHMIDT-NOVARA (eds.). *Historias de España contemporánea: cambio social y giro cultural* (81-114). València: PUV.
- CABO, Miguel y VEIGA, Xosé Ramón (2020). Historia Política en el mundo rural. En Alba DÍAZ-GEADA y Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO (coords.). *Senderos de la Historia: miradas y actores en medio siglo de historia rural* (229-250). Granada: Comares.
- CALATAYUD, Salvador (2005). La ciudad y la huerta. *Historia Agraria*, 35, 143-166.
- CALATAYUD, Salvador y MEDINA-ALBALADEJO, Francisco J. (2017). Leche sin prados: los factores ambientales e institucionales en el consumo lácteo (Valencia, 1870-1936). *Ayer*, 105, 157-185. https://revistaayer.com/sites/default/files/articulos/105-6-ayer105_redespoder.pdf.pdf
- CALVO ACACIO, Vicente (1904). *Los Reyes Mudos*, València: Imprenta de Juan Guix.
- CRONON, William (1991). *Nature's Metropolis: Chicago and the Great West*. Nueva York: W. Norton & Company.
- CRUZ ARTACHO, Salvador (1996). Estructura y conflicto social en el caciquismo clásico. Caciques y campesinos en el mundo rural granadino 1890-1923. En ROBLES EGEA, Antonio (comp.) *Política en penumbra: Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea* (191-228). Madrid: Siglo XXI.

- DE LA CRUZ, Luis (2019). Política de merendero y descampado: la construcción social del extrarradio madrileño. En Mónica MORENO (coord.). *Del siglo XIX al XXI: Tendencias y debates* (1085-1098). Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- DUARTE, Ángel (2013). *El republicanismo: una pasión política*. Madrid: Cátedra.
- EALHAM, Chris (2005). *La lucha por Barcelona: clase, cultura y conflicto, 1898-1937*. Madrid: Alianza.
- ESTEVE, Javier (2017). *La política antiliberal en España bajo el signo del nacionalismo: el padre Corbató y Polo y Peyrolón*, tesis doctoral inédita, Universitat de València.
- GARRABOU, Ramón (1985). *Un fals dilema: modernitat o endarreriment de l'agricultura valenciana 1850-1900*. València: Alfons el Magnànim.
- GARRIDO, Samuel (2010). Mejorar y quedarse. La cesión de tierra a rentas por debajo del equilibrio en la Valencia del siglo XIX. *SEHA, Documento de Trabajo, 10-09*, 1-35.
- GARRIDO, Samuel (2012). La ley de la costumbre. Arrendamientos rústicos y derechos de propiedad en la Huerta de Valencia (siglos XIX y XX). *Ayer*, 88, 149-171.
- GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel (2010). Crecimiento agrario y sostenibilidad de la agricultura española de los siglos XVIII y XIX. En Ramón GARRABOU (ed.) *Sombras del progreso: las huellas de la historia agraria* (321-352). Barcelona: Crítica.
- GUNN, Simon (2007). *The public culture of the Victorian middle class: Ritual and authority in the English industrial city 1840-1914*, Manchester: Manchester University Press.
- IZQUIERDO, Jesús (2007). El ciudadano demediado: campesinos, ciudadanía y alteridad en la España contemporánea. En Manuel PÉREZ LEDESMA (ed.) *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España* (627-656). Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- LÓPEZ I HERNANDO, Joan J. (1984). Hisenda municipal i reforma urbana (1885-1920). *Recerques*, 15, 125-131.
- LUCEA, Víctor (2009). *El pueblo en movimiento: la protesta social en Aragón (1885-1917)* Zaragoza: Publicaciones de la Universidad de Zaragoza.
- MARTÍNEZ GALLEGO, Francesc A. (1997). La Revolución de las Coles: sobre el motín contra el impuesto de consumos en el proceso revolucionario español. En Santiago CASTILLO y José María ORTÍZ DE ORRUÑO. *Estado, protesta y movimientos sociales: Actas del III Congreso de Historia Social de España* (49-64). Vitoria: Universidad del País Vasco.
- MARTÍNEZ GALLEGO, Francesc A. (2010). *Esperit d'associació. Cooperativisme i mutualisme laics al País Valencià, 1834-1936*, València: PUV.

- MARTÍNEZ GALLEGO, Francesc A. et. al. (2001). *Valencia, 1900: movimientos sociales y conflictos políticos durante la guerra de Marruecos, 1906-1914*. Castellón: Publicacions de la Universitat Jaume I.
- MODESTO, José Ramón (2010). Costumbre y coacción social: la formación del arrendamiento rústico. *Historia Agraria*, 51, 45-80. https://www.historiaagraria.com/FILE/articulos/51_modesto.pdf
- MONLLEÓ, Rosa (1996). *La Gloriosa en Valencia (1864-1869)*. València: Alfons el Magnànim.
- OLIVARES, Javier (1987). *Comerciantes y políticos: Alicante, 1875-1900*. Alicante: Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación.
- PÉREZ PICAZO, María Teresa (1986). *Oligarquía urbana y campesinado en Murcia 1875-1902*. Murcia: Academia Alfonso X El Sabio.
- RADCLIFFE, Pamela (1994). Política y cultura republicana en el Gijón de fin de siglo. En Nigel TOWNSON (ed.). *El republicanismo en España (1834-1977)* (373-394). Madrid: Alianza.
- RAMÓN, Jorge (2021). El campo en la ciudad. Representaciones y experiencias de los fematers en sus recorridos por València (1878-1960). *Rúbrica Contemporánea*, X, 19, 7-28. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/rubrica.224>
- REHER, David-Sven et. al. (1993). *España a la luz del censo de 1887*. Madrid: Instituto Nacional de Estadística.
- REIG, Ramiro (1986). *Blasquistas y clericales: la lucha por la ciudad de Valencia de 1900*. València: Alfons el Magnànim.
- REIG, Ramiro (1992). El caso valenciano: un proceso de modernización involutivo. En José Luis GARCÍA DELGADO (ed.). *Las ciudades en la modernización de España: los decenios interseculares* (223-244). Madrid: Siglo XXI.
- SANCHIS, Carles y DÍEZ, Ignacio (2012). Huerta y ciudad: contigüidad geográfica y distancia cultural. En Joan ROMERO y Miquel FRANCÉS (eds.). *La Huerta de Valencia: Un paisaje cultural con futuro incierto* (77-98). València: PUV.
- SCOTT, James C. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*, México: Ediciones Era.
- SCOTT, Joan W. (2006). El eco de la fantasía: la historia y la construcción de identidad. *Ayer*, 62, 111-138. https://revistaayer.com/sites/default/files/articulos/62-5-ayer62_MasAllaHistoriaSocial_Cabrera.pdf
- SERRANO, Carlos (2000). *El turno del pueblo: crisis nacional, movimientos populares y populismo en España (1890-1910)* Barcelona: Península.
- TARR, Joel A. (1996). *The search for the ultimate sink: Urban pollution in historical perspective*, Akron: University of Akron Press.
- WILLIAMS, Raymond (2001). *El campo y la ciudad*, Buenos Aires: Paidós.